

Walter J. Broderick

**E**  
guerrillero  
invisible

con un epílogo del autor

**icono** •

## Contenido

Capítulo I <b>El consejo de guerra</b>	13
Capítulo II <b>Dos brujos en las Antillas</b>	47
Capítulo III <b>Construyendo sobre el agua</b>	101
Capítulo IV <b>Suplicios de un ciudadano</b>	133
Capítulo V <b>El desastre de Anorí</b>	205
Capítulo VI <b>Los años difíciles</b>	263
<b>Las fuentes</b>	335
<b>Epílogo del autor</b>	359

## Capítulo I

### El consejo de guerra

Estaba condenado a morir en la madrugada del día siguiente. Fue Fabio Vásquez quien ordenó su fusilamiento, y cuando Fabio daba órdenes, se cumplían. No había nada que hacer.

Otro guerrillero fue sentenciado con él, un joven valluno a quien le decían El Paisa. Pero a este le conmutaron la pena. Mejor dicho, la suspendieron; su suerte dependería de cómo se portara en los meses siguientes. Lo habían acusado de preparar la huida, y él mismo se creía destinado irrevocablemente al paredón después de admitir que era cierto; ante la plenaria guerrillera había confesado su intención de desertar. Al escucharlo, los muchachos campesinos no podían menos que admirar su honestidad. Y su valentía también, pues sabían muy bien que, de acuerdo con el severo código militar que los regía en el monte, cualquiera podría ser fusilado como traidor por solo *pensar* en salirse de la guerrilla. Y El Paisa había planeado escabullirse y buscar militancia con un grupo armado que el propio jefe Fabio Vásquez tildaba de «mamerto» y contrarrevolucionario. Sin embargo, para sorpresa de todos, Fabio le daba otro chance. A él, al Paisa. Pero no al «Cura Pérez». Ese moriría como escarmiento.

Manuel Pérez no había confesado nada. Bueno, reconoció que había expresado algunas críticas acerca del comportamiento de Ricardo Lara, su jefe inmediato. Todos sabían que Ricardo se tomaba sus cervezas con los campesinos (cosa prohibida para los combatientes) y que echaba el ojo a las niñas que conocía en las tiendas de las veredas. Pero los guerrilleros que marchaban en comisión bajo su mando no se quejaban por la actitud desabrochada de Ricardo; al contrario, les gustaba, pues su manera de ser contrastaba con la severa disciplina de otros comandantes. Cuando estaban con Ricardo, los muchachos se sentían más alegres, menos inhibidos. Manuel, en cambio, asumió una posición moralista;

juzgaba la conducta de su jefe como indigna de un combatiente con responsabilidades dentro de la guerrilla. Criticó también ciertos lujos que Lara se permitía, pequeñas cosas de comida, por ejemplo, negadas a los demás. A muchos les parecía normal que un jefe gozara de ciertos privilegios, pero Manuel consideraba que todos deberían estar en pie de igualdad. Si no practicaban la igualdad desde ahora ¿entonces qué tenían de revolucionarios? Era una cosa de principios.

La censura del sacerdote le molestó a Ricardo, como era natural. Pero no le prestó mucha atención. Tenía que afrontar problemas más graves, entre otros la desertión de algunos «cuadros» de valor que se habían esfumado en el curso de una marcha que duró varias semanas. Así que, cuando la columna que mandaba había cumplido su misión y regresado al campamento de base, Ricardo presentó un informe al comandante en jefe, Fabio Vásquez, y este convocó una asamblea general. Los guerrilleros reunidos sumaban ochenta en total. Al principio, las sesiones de esta asamblea que se realizó a campo abierto se dedicaron a la llamada «crítica y auto crítica», una práctica muy común entre los miembros de este grupo guerrillero. A Manuel le habrá recordado el «examen de conciencia» que los padres le obligaban a hacer cuando jovencito en el seminario. Pero con el paso del tiempo, las cosas empezaron a tomar un cariz más serio. En la medida en que salían a relucir algunos casos de disidencia e insumisión, la asamblea se alargaba durante interminables días y noches, hasta convertirse finalmente en un consejo de guerra con presagios de un desenlace espantoso. Porque lo que hicieron, Fabio Vásquez Castaño y su estado mayor, fue montar un improvisado tribunal militar en medio de la selva para juzgar a un puñado de idealistas barbudos, mal armados y peor vestidos, acusándolos de ser desertores en potencia. Los trataron como peligrosos criminales de guerra.

No era la primera vez que esto sucedía. En efecto, desde hace algún tiempo la preocupación principal de los líderes de esta guerrilla no consistía en llevar a cabo acciones militares contra los destacamentos del Ejército colombiano que merodeaban por la

zona. Descuidaban igualmente la tarea fundamental de tomar contacto con los habitantes de la región para adoctrinarlos y formar una base de apoyo entre los campesinos. Se obsesionaban más bien con detectar a cualquier sujeto sospechoso dentro de sus propias filas, buscaban cómo desenmascarar al supuesto «infiltrado de la CIA», o al combatiente «desleal» tachado de «lobo con piel de oveja», o a los «divisionistas» y «desmoralizados», aquellos sujetos propicios a caer en los llamados «vicios de tipo pequeño-burgués»: un gusto desmedido por las muchachas, por ejemplo, o por el aguardiente.

La guerrilla presentaba un espectáculo triste. Más triste aún por lo que se daban todas las condiciones para inspirar a un grupo de revolucionarios entregados en cuerpo y alma, como estaban, y con una mística infinita, a la lucha por la liberación de su pueblo. No en vano este grupúsculo de románticos se había hecho conocer, seis años atrás, con el resonante y pretencioso título de Ejército de Liberación Nacional. Sin embargo, los comandantes guerrilleros (sobre todo el jefe máximo, Fabio Vásquez) no habían aprovechado sus modestas posibilidades reales; lograron muy pocos éxitos militares, y menos políticos.

Su primera gran debacle ocurrió en febrero de 1966 cuando llevaron a cabo un fracasado intento de emboscada contra una patrulla de soldados. Fue en aquella acción que perdió la vida el padre Camilo Torres, sacerdote bogotano quien se había convertido en una figura de importancia nacional antes de incorporarse a la lucha armada. Su muerte después de tan solo cuatro meses en la guerrilla representó un desperdicio irrecuperable y una tremenda frustración para los *elenos*, como se les decía a los miembros del ELN. A partir de ese momento habían aflorado los resentimientos y una creciente inconformidad con la conducción del movimiento.

Ahora, cuatro años más tarde, las cosas se habían agravado: los jefes, por sentirse inseguros tal vez de la lealtad de sus subalternos, no hacían otra cosa que alimentar un sofocante ambiente de desconfianza y mutua recriminación. Habían realizado varios largos consejos de guerra. Y este de 1970, en el cual se iba a dictar la

sentencia de muerte a Manuel Pérez, duró un mes antes de arrastrarse inexorablemente hacia su etapa final.

Cuando por fin llegó el momento, cada combatiente esperaba el anuncio de las condenas, y algunos temblaban en anticipación de los veredictos. Muchos guerrilleros novatos, que habían escuchado rumores de iguales procesos en el pasado —de asambleas que habían desembocado en fusilamientos, incluso de algunos líderes importantes— temían por sus vidas. Se respiraba un aire de tragedia. Uno de los guerrilleros recordaría veinte años más tarde, con una sorna que solo le permitiría esa distancia en el tiempo, que rondaba por el campamento «un fuerte olor a flores de cementerio».

No era para menos; había llegado el día del juicio. La atmósfera se tornó insoportable cuando Fabio Vásquez se levantó, decidido a estremecer la asamblea con toda la fuerza de su carisma y de su autoridad. Su sola figura era imponente; medía casi un metro con noventa y llevaba puesto su infaltable sombrero alón de vaquero. Cuando quería, Fabio irradiaba una simpatía desbordante. Pero hoy no. En esta ocasión, cada combatiente se sentía sometido a su implacable escrutinio. Tomó la palabra y comenzó a espetar, uno tras otro, sin misericordia, una larga letanía de cargos contra aquellos que fomentaban el «divisionismo», minando así la autoridad de los jefes. Un guerrillero joven no aguantó la tensión e irrumpió en llantos. Mientras que otro, acusado de no se supo qué crimen y quien, por muchos días, había quedado totalmente mudo, incapaz de pronunciar una sola palabra ni siquiera para defenderse, ahora, en un exabrupto, recuperó el habla y gritó con desesperación: «¡Que nos fusilen a todos! ¡Que nos fusilen, pero ya!» y luego volvió a quedar mudo para siempre. Otro de los inculpatos (él que sigilosamente, y con más ahínco, había esparcido la idea de una fuga masiva) puso su mano en el corazón y juró «por todos los mártires de la revolución» que jamás por su cabeza había cruzado la idea de abandonar la lucha. Todo estaba plagado de falsedad y terror.

En medio de este monstruoso proceso, Manuel Pérez se mantuvo callado e impasible. Tal vez no imaginaba que iba a ser

blanco de un castigo ejemplarizante. Pero así fue. Habían encontrado en su morral una cantidad de mapas y croquis que ilustraban los más mínimos detalles de cada quebrada y cada trocha. Para el inquisitorial comandante, estos documentos constituían prueba irrefutable de que el cura pensaba huir. Nada más injusto; Manuel Pérez era de una lealtad incondicional. Es más: se había negado a oír un plan de deserción general que uno de sus compañeros le proponía en el curso de aquella marcha que realizaron bajo el mando de Ricardo Lara. Manuel no delató a nadie, pero rechazó «por cuestiones de principio» la mera idea de una deserción. Los mapas los había dibujado, era verdad. Pero para orientarse. Porque después de al menos seis meses en el monte, todavía no podía distinguir un árbol del otro, ni un camino de los demás. Todo le parecía igual, y se perdía a cada rato. Su gran temor, durante mucho tiempo, era encontrarse solo y desorientado en medio de la selva.

Sometido a un interrogatorio humillante, Manuel no quiso hablar. Sentía que alguien le había tendido una celada, pero no sabía quién ni por qué. Sospechaba de Ricardo Lara. Y desde entonces nació en él la semilla de una desconfianza rayando en el odio hacia ese joven, hijo de un obrero petrolero, que había trepado en la organización hasta llegar a ocupar el puesto número dos en la jerarquía del Ejército de Liberación. ¿Sería que alguna maniobra o chisme de Ricardo había llevado a Fabio a tal extremo? A Manuel le quedaba la duda. Como fuera, las acusaciones levantadas en su contra le parecían tan inverosímiles que no merecían respuesta. Delante de su juez guardó silencio, como Cristo en presencia de Poncio Pilato. En ningún momento se justificó, ni trató de defenderse. Y en consecuencia le fue mal. Como diría muchos años después, «mi actitud fue considerada como orgullosa, de rechazo, de no reconocer la falta».

Durante la larga noche previa a su ejecución, lo amarraron a un árbol como un perro. A pocos metros distinguía la sombra del centinela encargado de asegurar que el condenado no fuera a escapar. El hombre caminaba de un lado a otro para mantenerse despierto, y Manuel sentía sus pasos en la oscuridad. Pero no

escuchaba ningún otro ruido; sus compañeros seguramente estaban todos dormidos en sus hamacas. ¿Dónde estaría su amigo Domingo? Domingo Laín había entrado a las filas del ejército revolucionario al mismo tiempo que él. Pero muy pronto Fabio lo nombró para alguna comisión y se alejó; parecía un pretexto para separarlos. Se sabía que Fabio desconfiaba de las reuniones entre compañeros que se habían conocido antes de ingresar a la guerrilla; los veía como conspiradores en potencia. Sin embargo, por un tiempo, Manuel pudo disfrutar, aunque fuera a ratos, de la compañía de otro entrañable amigo, José Antonio Jiménez, discípulo suyo del seminario y compañero en mil aventuras. Fue el único con quien pudo charlar a sus anchas en aquellos primeros meses de adaptación a la vida guerrillera.

Y ¡qué meses habían sido! Durante mucho tiempo Manuel se sintió totalmente inútil. Le costó trabajo aprender a utilizar la vieja carabina punto 30 que le habían asignado. Era incapaz de mantenerla limpia; y si lograba secarla, se le mojaba de nuevo bajo las recias lluvias del invierno. Luego, cuando finalmente aprendió a cargar y operar su arma con algún grado de destreza, confesó que le «daba miedo el tener que usarla».

Encima de todo, era torpe. Andaba cayéndose entre las lianas y raíces de los árboles, caminaba en las aguas de las ciénagas envuelto en nubes de zancudos, picado por sanguijuelas, tratando de mantener el equilibrio sobre un resbaloso tronco de árbol para atravesar un río frente al inminente peligro de precipitarse entre las aguas turbulentas y sufrir una herida al golpearse contra las rocas. Las marchas eran largas, larguísimas, de nunca acabar; pero lo peor fue que Manuel no les veía ningún sentido. José Antonio tampoco. Y este tuvo más dificultad aún en las caminatas, pues le pesaban no solo su morral sino sus treinta y cinco años y su falta de entrenamiento para este tipo de actividad. Manuel estaba en mejores condiciones, pero los dos le envidiaban al amigo Domingo Laín su tremenda fuerza física. Aunque tenían poco contacto con él ahora, estaban seguros de que se adaptaba mucho mejor que ellos a las durezas de esta nueva vida. Manuel y José Antonio, en



conversaciones íntimas lejos del oído de cualquier otro compañero en armas, se preguntaban si realmente esto de las marchas forzadas servía para algo, y si no hubiera sido mejor haberse quedado en sus parroquias, como estaban, trabajando por el bien de la gente. Lo que más les desanimaba ciertamente no fue el esfuerzo corporal, sino la sensación de inutilidad. De hecho, José Antonio terminó convencido de que la decisión de incorporarse a la guerrilla había sido un error; al menos para él. Esperaba el momento para escaparse de aquel infierno, propósito nada fácil dado el férreo régimen de Fabio Vásquez y su vigilancia constante. Manuel, en cambio, no quería tirar la toalla; habría que aguantar, decía, sin contar el costo.

Pese a su voluntad, Manuel sabía que probablemente habría sucumbido a la depresión si no fuera por el apoyo que encontró en José Antonio, su confidente de toda la vida. José Antonio le llevaba diez años, y se había metido de cura ya mayor. Trabajaba como funcionario de un banco y estaba a punto de casarse cuando descubrió su vocación religiosa. En el seminario entabló amistad con Manuel, y desde entonces los dos se habían acompañado siempre. Salieron juntos de España y trabajaron codo a codo en barrios y parroquias. José Antonio era más prudente que Manuel, menos impulsivo. Y Manuel, a pesar de las discrepancias de criterio que habían surgido entre los dos, escuchaba los consejos de su amigo como si fueran los de un hermano mayor, o más bien de un segundo padre.

Pero José Antonio (o Nicanor, como le decían en el monte) ya no existía. Un día cualquiera, se despidieron cuando Nicanor partía en comisión con un grupo de guerrilleros. Manuel nunca pensó que no lo volvería a ver. Pero en menos de una semana la pequeña columna de combatientes regresó a la base sin el amigo sacerdote. Al verlos, Manuel tuvo la corazonada de que algo había pasado.

—¿Y Nicanor...? —preguntó ansioso.

—El compañero murió —respondieron. Iban caminando por una trocha cuando José Antonio los llamó, que se sentía mal. Le dio como un mareo, dijeron, vomitó una especie de espuma y fue

perdiendo el conocimiento. A nadie se le ocurrió que fuera a morir. Pero solo duró una hora. ¿Qué le había ocurrido? ¿Sería algún bicho que lo picó? Una culebra, tal vez. Lo sepultaron allí mismo en la selva. Manuel nunca supo dónde. Desde entonces sintió un vacío terrible. Y ahora más que nunca cuando se enfrentaba a la muerte y no tenía a su lado una sola persona con quien desahogarse.

El silencio sepulcral y la espesa oscuridad de la noche contribuyeron a aplastar su espíritu. Los guerrilleros ya habrían cavado una fosa en donde echar su cadáver una vez fusilado. Es difícil imaginar –e imposible exagerar– la angustia y la frustración que habrá sufrido Manuel Pérez durante aquellas interminables horas que prometían ser sus últimas. Tantos años que había soñado con entregar su vida por los pobres de América Latina. Se imaginaba cayendo mortalmente herido en combate, como su tan admirado Camilo, sacrificado en estas mismas montañas hacía apenas cuatro años cuando la lucha revolucionaria despuntaba como una luminosa esperanza. Los caídos en combate se ensalzaban como héroes; pero Manuel no había llegado ni siquiera a combatir. No había aportado absolutamente nada. Solo le quedaba la desgracia de ser ejecutado y su nombre vilipendiado, si alguna vez fuera mencionado, como sinónimo de los peores vicios antirrevolucionarios.

Algunos parecen haber ido a este mismo paredón con la frente en alto. Contaban que cuando Julio César Cortés, médico de la Universidad Nacional e íntimo colaborador de Camilo, cayó en desgracia con Fabio de la misma manera que Manuel, mandó una nota a su madre la noche antes de ser fusilado, implorándole no guardar odio contra los guerrilleros. «Si mi muerte contribuye al triunfo de la revolución –escribió–, no tengo nada que lamentar». Luego fue amarrado a un árbol por los hombres de Fabio y acribillado ante la mirada de la tropa. Manuel Pérez no veía cómo una muerte en estas condiciones contribuía a la causa del pueblo. De ninguna manera. Morir así como traidor a la revolución cuando en ella precisamente había puesto toda su fe, no tenía ningún sentido.